

## Volando hacia Bolivia

*Pacho* sube por las escalerillas del avión de Aeroflot este 23 de octubre de 1966, lleva el abrigo colgando de su antebrazo porque el tiempo que hará en Moscú no tiene nada que ver con el de La Habana, mira el cielo azul de Cuba por última vez y aspira una bocanada de aire a modo de adiós. Viaja de paisano con un pasaporte diplomático expedido a nombre de Mario Gómez Díaz, pero su verdadero nombre es Alberto Fernández Montes de Oca, hijo de padre canario y madre cubana, capitán de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba.

Mira de vez en cuando al hombre del sombrero que le precede en la escalera tres viajeros por delante, un tipo que aparenta sesenta años, con gafas de pasta y mandíbula cuadrada, parece el típico burócrata de viaje a la Unión Soviética. Pero él tampoco es lo que parece, ni su identidad coincide con la que figura en su pasaporte; nadie reconocería en ese viejo funcionario al comandante Ernesto Guevara, con el disfraz que los servicios de inteligencia se han esmerado en conseguir.

Cuando *Pacho* enfila el estrecho pasillo entre los asientos el comandante se está sentando, se ha quitado el sombrero y luce una amplia calva. *Pacho* avanza unas filas más, guarda su equipaje de mano y se sienta dos asientos por detrás del comandante.

Aunque la misión del capitán en este viaje es dar compañía y protección al *Che*, como ya ha hecho otras veces viajando de incógnito por Europa, no interesa que los viajeros

les vean juntos para que no los relacionen. Incluso si se da el caso de que algún cubano o ruso de los que viajan en el avión reconozca al joven capitán, nadie podría imaginar que el viajero de la calva es el mismísimo comandante *Che* Guevara emprendiendo el último viaje de su vida con destino a Bolivia.

Mira por la ventanilla y ve que los operarios están retirando la escalerilla, respira hondo.

—Abróchese el cinturón, por favor, ya vamos a salir, llevamos algo de retraso —le pide la azafata con una sonrisa luminosa y acento ruso.

Estira las piernas, cierra los ojos.

«Tery, cuida de Albertito», piensa.

A sus treinta años está casado con una mujer bellísima llamada Teresa Seco y tiene un niño de apenas un año al que ha puesto como nombre Alberto Ernesto, en recuerdo del comandante Guevara que le honra con su amistad. Durante sus estudios de magisterio en la Escuela Normal conoció a Frank Pais y con él tomó parte en las luchas estudiantiles contra la dictadura de Batista. Después vino el exilio en Estados Unidos, misiones en el extranjero, el viaje a México... Cuando volvió a la isla en noviembre de 1958 se estaba acabando la guerra, aun así se alistó en la Columna 8 que comandaba *Che* Guevara en El Escambray y tuvo tiempo de tomar parte en la batalla de Santa Clara.

Después de que los revolucionarios tomaran el poder, continuó en la órbita del *Che*, le siguió a La Cabaña, luego al Ministerio de Industrias y sus empresas públicas, fue director de la Empresa de Minería...

Pero las armas llevan consigo el dulce veneno de la inercia. Con la guerra miles de hombres han abandonado sus profesiones y se han mantenido durante años en un desempeño militar, armados, enardecidos por la acción, con un poder sobre la vida y la muerte que raramente volverán a detentar al regresar al trabajo civil en una vida en paz. Por lo general, hay un porcentaje de esos hombres que son irrecuperables para la paz. Y para el magisterio.

Cuando a principios del verano pasado el *Che* le mandó llamar a Praga no lo dudó un instante.

El comandante estaba allí viviendo clandestinamente con sus escoltas, *Pombo* y *Tuma*, lamiéndose las heridas de la derrota en el Congo. No deseaba volver a Cuba después de que Fidel hubiera leído públicamente su famosa carta de despedida en la que —al menos formalmente— rompía sus vínculos con la Isla. Preparaba a toda prisa una nueva guerrilla a la que dirigirse, un lugar en el que dependiera de sus propias fuerzas y no de los hombres del Ministerio del Interior cubano. Había enviado a *Mbili* en abril a La Paz para reactivar la operación y el 14 de julio mandó también a sus dos escoltas como apoyo.

*Pacho* llegó a Praga y se quedó con él unos días más en la capital checa, luego emprendieron juntos el camino de vuelta a Cuba. Pero no era una vuelta para quedarse, sino la aceptación de aquella propuesta de Fidel para que regresase y permaneciera en Cuba por un corto espacio de tiempo —aunque fuera en la más completa clandestinidad— a fin para elegir los hombres que le habrían de acompañar a su nuevo destino.

—¿Desea beber algo? —pregunta la azafata rusa.

*Pacho* vuelve a la realidad, sonrío.

—Sí, tráigame un vaso de agua mineral, por favor. Y un diario.

El comandante mira por la ventanilla, solo ve océano y cielo. Lo contempla con costumbre, ha aprendido a no tomarle demasiado cariño a los paisajes ni a las personas. Recita sin mover los labios los últimos versos de Farewell: «Yo me voy. Estoy triste: pero siempre estoy triste / Vengo desde tus brazos. No sé hacia dónde voy. /...Desde tu corazón me dice adiós un niño. / Y yo le digo adiós».

Neruda...Recuerda ahora su entrevista con él, en su despacho del Ministerio de Industrias, la cara que puso el poeta cuando *Che* le confesó: «Sí, siempre estamos contra la guerra, pero cuando la hemos hecho... ya no podemos vivir sin la